tanto amaba. Nos amó, y nos lavó en su sangre, dice san Juan [29]. ¡Oh exceso del amor de un Dios, que todos los hombres y todos los Ángeles no llegaron jamás a comprenderle y alabarle cuanto basta! Pero lamentase san Buenaventura al ver la grande ingratitud de los hombres a tan grande amor, y se admira que nuestros corazones no se rasguen por la fuerza del amor de Dios [30]. Se maravilla en otro lugar el mismo Santo, de ver a un Dios padecer tantas penas, gemir en un establo, pobre en un taller, desangrado sobre una cruz, en suma, afligido y atribulado en toda su vida por amor de los hombres; y ver luego a estos no arder de amor por este Dios tan amante, y aun tener valor de despreciar su amor y su gracia: ¡Oh Dios! ¿cómo es posible comprender que os hayáis reducido a tanto padecer por los hombres, y que haya de estos quienes ofendan tanto a Vos?

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, entre estos ingratos que han pagado vuestro inmenso amor, vuestros dolores y vuestra muerte con disgustos y desprecios, mirad a mí, que soy uno de ellos. ¡Oh mi Jesús amado! ¿cómo viendo Vos la ingratitud que había de usar, pudisteis amarme

29 Apoc. I, 5.
30 Stigm. cap. 2.

tanto, y resolveros a padecer tantos desprecios y penas por mí? Mas no quiero desesperarme. El mal está ya hecho. Dadme, pues, Señor, aquel dolor que me habéis merecido con vuestras lágrimas, pero que sea un dolor igual a mi iniquidad. corazón amoroso de mi Salvador tan afligido y desconsolado un tiempo por amor mío, y ahora tan ardiente, mudadme el corazón, dadme otro que compense los disgustos que os he causado, un amor que iguale mi ingratitud. Ya me siento con un gran deseo de amaros, y os doy gracias porque vuestra piedad me ha trocado el corazón. Aborrezco sobre todo mal las ofensas que os he hecho; las detesto, las miro con horror. Estimo ahora más vuestra amistad, que toda riqueza y todo reino. Deseo complaceros cuanto puedo. Os amo, o amable infinito; mas veo que este mi amor es demasiado escaso. Aumentad Vos la llama, dadme más amor; porque el vuestro debe ser correspondido con otro mucho mayor por mi, que tanto os he ofendido, y que en vez de castigos he recibido de Vos tan especiales favores. ¡Oh sumo bien! no permitáis que yo viva más tiempo ingrato a tantas gracias que me habéis hecho. Moriré por amor de Vos: *diré* con san Francisco, que os habéis dignado morir por amor mío. María, esperanza mía, ayudadme, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN XIV.

Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem? (Psalm. XXIX, 10).

¿Qué provecho hay en mi sangre, si desciendo a la corrupción?

Reveló Jesucristo a la venerable Águeda de la Cruz, que estando en el seno de María, la que mayor dolor le causó entre todas las penas, fue ver la dureza, de los corazones de los hombres, que habían de menospreciar después de su redención las gracias que había venido a derramar sobre la tierra. Y este sentimiento, bien pronto lo expresó él mismo por boca de David en las palabras del salmo arriba puestas, comúnmente entendidas por los santos Padres, según las explica san Isidoro; y es como sigue: *Dum descendo in corruptionem,* esto es, cuando desciendo a tomar la naturaleza humana tan corrompida de vicios y de pecados, Padre mío, parece que dijera el Verbo divino, yo voy a vestirme de carne, y luego a derramar toda mi sangre por los hombres; pero, ¿qué provecho habrá, en ella? La mayor parte de los hombres no harán caso de esta mi sangre, y seguirán ofendiéndome como si nada hubiese yo hecho por su amor. Esta pena fue aquel cáliz amargo del cual pidió Jesús al eterno Padre le librase. ¡Qué cáliz ver tanto desprecio de su amor! Esto le hizo aun clamar sobre *la cruz: Dios mío,*

Dios mío, ¿por qué me has desamparado [31]? Reveló el Señor a santa Catalina de Sena, que el desamparo de que se lamentó era el ver que su Padre había de permitir que su pasión y su amor hubieran de ser desestimados de tantos hombres por quienes moría. Esta misma pena, pues, atormentaba a Jesús niño en el seno de María, al mirar desde allí tanta costa de dolores, de ignominias, de sangre y de una muerte cruel y afrentosa, con tan poco fruto. Vió va entonces el santo Infante aquello que decía el Apóstol de muchos, o más bien la mayor parte, los cuales habían de hollar la sangre del Hijo de Dios, tenerla por vil y profanarla, ultrajando la gracia que esta misma sangre les adquiría [32]. Pero si hemos sido del número de estos ingratos, no desesperemos. Jesús al nacer viene ofreciendo la paz a los hombres de buena voluntad, como hizo anunciarlo por los Ángeles: *et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* Mudemos, pues, nuestra voluntad, arrepintiéndonos de nuestros pecados, y proponiendo amar a este buen Dios; así hallaremos la paz, esto es; la amistad divina.

Afectos y súplicas.

Amabilísimo Jesús mío, ¡cuánto os he hecho padecer aun en vuestra vida! Vos habéis derramado la

31 Matth. XXVII, 46.
32 Hebr. X, 20.

sangre por mí con tanto dolor y con tanto amor; y hasta aquí ¿qué fruto habéis sacado de mí? desprecios, disgustos y ofensas. Pero, Redentor mío, yo no quiero afligiros más; espero que en lo venidero vuestra pasión hará fruto en mí con vuestra gracia, la cual veo me asiste ya. Habéis padecido tanto, y habéis muerto por mí para que os amase; quiero, pues, amaros sobre todo bien; y por daros gusto, estoy pronto a sacrificar mil veces la vida. Padre eterno, yo no tendré atrevimiento de comparecer delante de Vos a pediros ni perdón ni gracia; mas vuestro Hijo me dice, que cualquiera gracia que pida en nombre suyo, me la concederéis. Os ofrezco, pues, los méritos de Jesucristo, y antes os pido en nombre del mismo un perdón general de todos mis pecados; os pido la santa perseverancia hasta la muerte, y sobre todo os pido, el don de vuestro santo amor, que me haga vivir siempre según vuestra voluntad divina. En cuanto a la mía, yo estoy resuelto a elegir antes mil muertes, que ofenderos, a amaros con todo el corazón, haciendo cuanto pueda por complaceros; mas para todo esto os pido y de Vos espero la gracia de ejecutarlo.

Madre mía, María, si Vos rogáis por mí estoy seguro. Rogad, rogad, y no ceséis jamás de rogar si no me veis mudado y reducido *como* Dios me quiere.

MEDITACIÓN XV.

Invenietis infantem positum in præsepio. (Luc. II, 12).
Hallaréis al Niño echado en un pesebre.

Contemplando la santa Iglesia este gran misterio y este gran prodigio de aparecer un Dios nacido en un establo, toda admirada exclama: *¡Oh grande misterio, y admirable Sacramento! que los animales viesen al Señor nacido recostado en un pesebre* [33]. Para contemplar con ternura y amor el nacimiento de Jesús, debemos pedir al Señor que nos de una fe viva; porque si entramos sin fe en la gruta de Belén, no experimentaremos mas que un afecto de compasión, al ver un niño reducido a un estado tan pobre, que naciendo en el corazón del invierno, es reclinado en un pesebre de bestias, sin fuego, y en medio de una fría cueva. Pero si entramos con fe, y vamos considerando qué exceso de bondad y de amor ha sido el que un Dios haya querido reducirse a comparecer pequeñito infante, estrechado entre las fajas, colocado sobre la paja, que gime, que tiembla de frío, que no puede moverse, que tiene necesidad de leche para vivir, ¿cómo es posible; que cada uno de nosotros no se sienta atraído, y dulcemente obligado a dar todos sus afectos a este Dios niño, que se ha reducido a tal estado para hacerse amar? Dice

33 Off. Nativ.

san Lucas, que los pastores después de haber visitado a Jesús en el establo, se volvieron glorificando y loando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto [34]. Y pues, ¿qué es lo que habían visto? No otro que un pobrecito niñito tiritando de frío, sobre unas pocas pajas; mas por cuanto estaban iluminados de la fe, reconocieron en aquel infante el exceso del amor divino; del cual inflamados iban después alabando y glorificando a Dios en la contemplación de haber tenido la suerte de ver un Dios anonadado y desmayado por amor de los hombres. *Exinanivit semetipsum.*

Afectos y súplicas.

¡Oh amable, oh mi dulce Niño! aunque os miro tan pobre sobre esa paja, yo os confieso y os adoro por mi Señor y Creador. Comprendo ya quien os ha reducido a estado tan miserable; ha sido el amor que me habéis tenido. Acordándome, pues, o Jesús mío, de la manera que en lo pasado os he tratado, y de las injurias que os he hecho, me maravillo como habéis podido soportarme. ¡Malditos pecados! ¿qué habéis hecho? me habéis hecho llenar de amargura el corazón de este mi enamorado Señor. Ea, pues, mi amado Salvador, por los dolores que sufristeis, y por las lágrimas que derramasteis en el establo de Belén, dadme lágrimas, dadme

34 Luc. II, 20.

un gran dolor que haga llorar toda mi vida los disgustos que os he ocasionado. Dadme amor hacia Vos, pero un amor tal que compense las ofensas que os he hecho. Os amo, mi chiquito Salvador, os amo, Dios niño y amor mío, mi vida y mi todo. Os prometo de aquí en adelante no amar a otro que a Vos. Ayudadme con vuestra gracia, sin la que nada puedo. María, esperanza mía, Vos alcanzáis cuanto queréis de este Hijo, alcanzadme su santo amor. Madre mía, escuchadme.

MEDITACIÓN XVI.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. (Isai. XII, 3).
Sacareis aguas con gozo de las fuentes del Salvador:

Considera las cuatro fuentes de gracias, que nosotros tenemos en Jesucristo contempladas por san Bernardo [35]. La primera fuente es de misericordia, en la que nosotros podemos lavarnos de todas las suciedades del pecado. Esta fuente se formó para nosotros con las lágrimas y con la sangre del Reden*tor; el que, como dice* san Juan [36], nos *amó, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre.* La segunda fuente es de paz y consuelo en nuestras tribulaciones, pues el mismo Jesucristo nos dice: *Invócame en el día de la tribulación, y yo te consolaré. El que tiene sed de verdaderos consue-*

35 Serm. I in Nat.
36 Apoc. I, 5.

los aun en esta tierra, venga a mí, que le contentaré. Qui sitit veniat ad me [37]. *Quien pruebe las aguas de mi amor desdeñará para siempre las delicias del mundo, y se satisfará enteramente después, cuando entrare en el reino de los bienaventurados; pues que el agua de mi gracia le elevará de la tierra al cielo* [38]. Así también la paz, que Dios da a las almas que le aman, no es la que ofrece el mundo en los placeres sensuales, que dejan *en el* alma más amargura que paz. La que Dios da, sobrepuja a todos los deleites de los sentidos: *Pax quæ exuperat omnem sensum.* ¡Dichosos, pues, los que desean esta fuente divina! La tercera fuente es de devoción. ¡Oh y como se hace devoto, y pronto a ejecutar las voces de Dios, y crecer siempre en la virtud, quien a menudo medita cuánto ha hecho Jesucristo por nuestro amor! Él será como el árbol plantado en la corriente de las aguas: *Erit tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum* [39]. La cuarta fuente es de amor. Quien medita los padecimientos y las ignominias de Jesucristo sufridas por nuestro amor, no es posible que deje de sentirse inflamado de aquel fuego santo que ha venido a encender en la tierra; según aquellas palabras de David: *En mi meditación se inflamará el* fuego [40]. Con lo que va dicho se verifica cumplida-

37 Joan. VII, 37.
38 Joan. IV, 13.
39 Psalm. I, 3.
40 Psalm. XXXVIII, 4.

mente que el que se aprovecha de estas dichosas fuentes que nosotros tenemos en Jesucristo, sacará siempre de ellas aguas de gozo y de salvación: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.*

Afectos y súplicas.

¡Oh mi dulce y amado Salvador, cuánto os debo! ¡cuánto me habéis obligado a amaros, habiendo hecho por mí lo que no habrá hecho un hijo por su padre, ni un siervo por su señor! Sí, Vos me habéis amado más que otro alguno; razón es que yo os ame sobre todos los otros. Quisiera morir de dolor al pensar que Vos habéis padecido tanto por mí, y además habéis aceptado por amor mío la muerte mas dolorosa e ignominiosa que puede padecer un hombre; y ¡tantas veces yo he despreciado vuestra amistad! ¡Cuántas veces me habéis perdonado, y he vuelto a ofenderos! Pero vuestros méritos son mi esperanza. Ahora aprecio más vuestra gracia, que todos los reinos de la tierra. Yo os amo, y por amor vuestro acepto toda pena, toda muerte. Y si no soy digno de morir por mano de verdugo para daros gloria, al menos acepto voluntariamente ¿aquella muerte que me tenéis destinada; y la acepto en el modo y en el tiempo que Vos dispongáis. Madre mía, María, alcanzadme el vivir siempre y morir amando a Jesús.

MEDITACIÓN XVII.

Orietur vobis sol justitiae, el sanitas in pennis ejus. (Malach. IV, 2).

Nacerá para vosotros el sol de justicia, y la salud bajo sus alas.

Vendrá vuestro Médico, dice el Profeta, a sanar los enfermos, y vendrá veloz como ave que vuela, y cual sol que al asomar en el horizonte envía al momento su luz al otro polo. Pero he aquí que ya ha venido. Consolémonos, pues, y démosle gracias, dice san Agustín, porque ha bajado hasta el lecho del enfermo; quiere decir, hasta tomar nuestra carne; puesto que nuestros cuerpos son los lechos de nuestras almas enfermas. Los otros médicos, por mucho que amen a los enfermos, solo ponen todo su cuidado para curarlos; pero ¿quién por sanarlos toma para si la enfermedad? Jesucristo solo, ha sido aquel médico que se ha cargado con nuestros males, a fin de sanarlos. No ha querido mandar a otro, sino venir él mismo a practicar este piadoso oficio, para ganarse nuestros corazones. Ha querido con su misma sangre curar nuestras llagas, y con su muerte librarnos de la muerte eterna, de que éramos deudores. En suma, ha querido tomar la amarga medicina de una vida continuada de penas, y de una muerte cruel, para alcanzarnos la vida y librarnos de todos nuestros males. El cáliz que me ha dado el Padre ¿no

lo tengo de beber? decía el Salvador a Pedro[41]. Fue, pues, necesario, que Jesucristo abrazase tantas ignominias para sanar nuestra soberbia: abrazase una vida pobre para curar nuestra codicia: abrazase un mar de penas, hasta morir de puro dolor, para sanar nuestro deseo de placeres sensuales.

Afectos y súplicas.

Sea siempre loada y bendita vuestra caridad, Redentor mío. Y ¿qué sería de mi alma tan enferma, y afligida por tantas llagas, si no tuviese a Vos Jesús mío, que me podéis y queréis sanar? ¡Ah! sangre de mi Salvador, en tí confío; lávame y sáname: Me arrepiento, amor mío, de haberos ofendido. Vos para manifestarme el amor que me tenéis, habéis llevado una vida tan atribulada, y sufrido una muerte tan amarga!... Yo quisiera manifestaros también mi amor; mas ¿qué puedo hacer miserable enfermo y tan débil? ¡Oh Dios de mi alma! Vos podéis curarme, y hacerme santo, pues sois todopoderoso. Encended en mí un gran deseo de daros gusto. Renuncio a todas mis satisfacciones por agradaros, Redentor mío, que merecéis ser complacido a toda costa. ¡Oh sumo Bien! yo os estimo, y os amo sobre todo otro bien; haced que os ame, y que os pida siempre vuestro amor. Hasta aquí os he ofendido, y no

41 Joan. XVIII, 11.

os he amado porque no he solicitado vuestro amor. Este busco ahora, y os pido la gracia de buscarlo siempre. 0idme por los méritos de vuestra pasión. ¡Oh madre mía, María! Vos estáis siempre dispuesta para oir a quien os ruega; Vos amais a quien os ama. Yo os amo pues, Reina mía; alcanzadme la gracia de amar a Dios, y nada mas *os* pido.

MEDITACIÓN XVIII.

Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (Rom. VIII, 32.).

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros.

Considera, que habiéndonos dado el eterno Padre a su mismo Hijo por, mediador, por abogado cerca de él mismo, y por víctima en satisfacción de nuestros pecados, nosotros no podemos ya desconfiar de alcanzar de Dios cualquiera gracia que le pidamos, valiéndonos del medio de un tal intercesor: ¿Cómo no nos donó con este Redentor todas las cosas? añade san Pablo. ¿Qué cosa nos negará ya Dios, no habiéndonos negado a su Hijo? Ninguna de nuestras súplicas merece ser oída ni atendida del Señor; porque no somos dignos de gracias, si es de castigo por nuestros pecados; pero ciertamente merece ser oído Jesucristo que intercede por nosotros, y ofrece todos los padecimientos de su

vida, su sangre y su muerte. No puede negar cosa alguna el Padre a un Hijo tan amado, que le ofreció un precio de infinito valor. Él es inocente, y aunque paga a la divina justicia es para satisfacer nuestras deudas; y su satisfacción es infinitamente mayor que todos los pecados de los hombres. No sería justo que pereciese un pecador, el cual se arrepiente de sus culpas, y ofrece a Dios los méritos de Jesucristo, quien las ha satisfecho por él sobreabundantemente. Démosle, pues, gracias a Dios, y esperémoslo todo en los méritos de Jesucristo.

Afectos y súplicas

No, mi Dios y mi Padre, no puedo ya desconfiar de vuestra misericordia; no puedo temer que me neguéis el perdón de todas las ofensas que os he hecho, y que no me deis todas las gracias que necesito para salvarme, cuando me habéis dado a vuestro Hijo a fin de que os lo ofrezca por mi. Vos puntualmente para perdonarme y hacerme merecedor de vuestras gracias, me lo habéis donado y me mandáis que os le ofrezca, y que por sus méritos espere mi salvación. Yo os ofrezco, pues, los merecimientos de vuestro hijo Jesús, y por ellos espero la gracia que repare mi debilidad, y todos los daños que me he acarreado con mis pecados. Me arrepiento, bondad infinita, de haberos ofendido; yo os amo sobre todas las cosas, y de hoy en adelante

os prometo no amar a otro que a Vos; pero este mi propósito ¿de qué servirá, si Vos no me ayudáis? Por el amor de Jesucristo dadme la santa perseverancia y vuestro amor; dadme luz y fuerza para seguir en todo vuestra santa voluntad.

Fiado en los méritos de vuestro Hijo, espero que me oiréis. María, madre y esperanza mía, también os suplico por amor del mismo Jesucristo que me alcancéis estas gracias.

Madre mía, escuchadme.

MEDITACIONES

PARA LOS NUEVE DÍAS ATES DE LA NATIVIDAD

MEDITACIÓN I.

Dedi te in lucem gentium, ut zis salus *mea usque ad extremum terrae.* (Isai. XLIX, 6).

Yo te he establecido para que seas luz de las naciones hasta los extremos de la tierra.

Considera como el eterno Padre dijo a Jesucristo en el instante de su concepción estas *palabras: Hijo, yo te he dado al mundo por luz y vida de las gentes, a fin de que procures su salvación, que estimo tanto como si fuese la* mía. Es necesario, pues, que te emplees todo en beneficio de los hombres. Es por lo mismo preciso que al nacer padezcas una extremada pobreza, *para* que el hombre se haga rico. Es menester que seas vendido como esclavo, para que adquieras al hombre la libertad; y que como tal esclavo seas azotado y crucificado, para satisfacer a mi justicia la pena debida por el hombre. Has de dar la vida por librar al hombre de la muerte eterna. En suma, sabe que no eres más tuyo, sino del hombre. De esta manera, Hijo mío, este se rendirá a amarme y a ser mío, viendo que le doy sin reserva a ti mi Unigénito, y que nada mas me resta que darle. Así amó Dios al mundo: *Sic Deus*

dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. ¡Oh amor infinito, digno solamente de un Dios infinito, quien de tal modo amó al mundo que dio su Unigénito!

A esta propuesta Jesús no se entristece, si que se complace en ella, la acepta con amor y se regocija. Desde el primer momento de su encarnación Jesús se da también todo al hombre, y abraza con gusto cuantos dolores e ignominias debe sufrir en la tierra por amor del mismo. Estos fueron, dice san Bernardo, los montes y colinas que debió atravesar con tanta presura y fatiga; cual nos le representa la Esposa cuando dice: *Ved a mi amado, que viene saltando por los montes, atravesando collados*[42]. Pondera aquí como el Padre divino enviando el Hijo a ser nuestro Redentor, y poner la paz entre Dios y los hombres, se ha obligado en cierto modo a perdonarnos y amarnos por razón del pacto que hizo de recibirnos en su gracia; puesto que el Hijo ha de satisfacer por nosotros a la divina justicia. A su vez el Verbo divino, habiendo aceptado el encargo del Padre, el que (enviándolo a redimirnos) nos lo daba, se ha obligado a amarnos, no ya por nuestros méritos, sí por cumplir la piadosa voluntad del Padre.

Afectos y súplicas.

Amado, Jesús mío, si es verdad como dice la ley que con la donación se adquiere el dominio; ya que

42 Cant. II, 8.

vuestro Padre os ha donado a mí, Vos sois todo mío; por mí habéis nacido, y bien puedo decir que sois mío, y todas vuestras cosas son también mías. Mía es vuestra sangre, míos son vuestros méritos, mía es vuestra gracia, mío es vuestro paraíso. Y si Vos sois mío, ¿quien podrá jamás separaros de mí? Nadie puede quitarme a Dios, decía con júbilo san Antonio Abad. Del mismo modo yo en lo sucesivo quiero ir diciendo: Solamente por mi culpa puedo perderos y separarme de Vos. Pero, Jesús mío, si en lo pasado os he dejado y os he perdido, ahora estoy resuelto a perder la vida y todo antes que perder a Vos, bien infinito y único amor de mi alma. Os doy gracias, o Padre eterno, de haberme dado a vuestro Hijo; y ya que Vos le habéis donado todo, yo me entrego sin reserva a Vos. Por amor de este Hijo, aceptadme y estrechadme con lazos de amor a este mi Redentor; pero estrechadme de manera, que pueda decir con san Pablo: ¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿Qué bienes del mundo podrán jamás apartarme de mi Salvador? Y Vos, Jesús, si sois todo mío, sabed que yo soy todo vuestro. Disponed de mí y de todas mis cosas como os plazca; porque ¿cómo podré negar cosa alguna a un Dios que no me ha negado la sangre ni la vida?

María, madre mía, custodiadme bajo vuestra protección. No quiero ya ser mas mío, quiero ser todo de mi Señor. Pensad en hacerme fiel; en Vos confío.

MEDITACIÓN II.

Hostiam el oblationem noluisti, corpus autem aplasti mihi. (Hebr. X, 5).

Sacrificio y ofrenda no *quisiste, mas me apropiaste cuerpo.*

Considera la grande amargura de que debía sentirse afligido y oprimido el corazón de Jesús en el seno de María en aquel primer instante en que el Padre le propuso la serie de trabajos, desprecios, dolores y agonías que había de padecer en su vida, para librar a los hombres de sus miserias. Ya Jesús había dicho por el profeta Isaías: *El Señor me levanta por la mañana, y yo no me resisto, mi cuerpo di a los que me herían* [43]; como si dijera: Desde el primer momento de mi concepción, mi Padre hízome entender su voluntad de que yo llevase una vida de penas, para ser al fin sacrificado sobre la cruz. Y ¡oh almas! todo lo acepté por vuestra salvación, y desde entonces entregué mi cuerpo a los azotes, a los clavos y a la muerte. Pondera aquí que cuanto padeció Jesucristo en su pasión, todo se le puso delante, estando aun en el vientre de su Madre, y todo lo aceptó con amor; pero al hacer esta aceptación, y al vencer la natural repugnancia de los sentidos ¡oh Dios! ¡qué angustias y opresión no padeció el corazón de Jesús! Comprendió bien lo que primeramente había de sufrir, con

43 Isai. L, 4.

estar encerrado por nueve meses en aquella cárcel oscura del vientre de María; con las humillaciones y penalidades del nacimiento, siendo el lugar de este una gruta fria que servía de establo a las bestias; con haber de pasar después treinta años entretenido y envilecido en el taller de un artesano: al ver, por fin, que había de ser tratado por los hombres de ignorante, de esclavo, de seductor, y reo de muerte, la más infame y dolorosa que se daba a los malvados. Todo, pues, lo aceptó el Redentor nuestro en todos los momentos, y en todos ellos venia a padecer reunidas en sí mismo todas las penas y abatimientos que después había de sufrir hasta la muerte. El mismo conocimiento de su dignidad divina le hacia sentir más las injurias que estaba para, recibir de los hombres, diciéndonos por el Prota: *Ni ignominia esta iodo el día delante de mi.* Continuamente tuvo a la vista la vergüenza, especialmente aquella que debía causarle algún día verse despojado, desnudo, azotado y colgado de tres garfios de hierro, terminando así su vida entre los vituperios y las maldiciones de aquellos mimos por quienes moría. Hízose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y ¿por qué? Por salvar a nosotros miserables pecadores.

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, ¡cuanto os costó desde que entrasteis en el mundo el levantarme de la ruina que

yo me he ocasionado con mis pecados! Pues Vos por librarme de la esclavitud del demonio, al que yo mismo pecando me he vendido voluntariamente, habéis aceptado ser tratado como el peor de los esclavos. Y sabiendo yo esto, he tenido valor de amargar tantas veces vuestro amabilísimo corazón que me ha amado tanto! Mas, ya que Vos siendo inocente y mi Dios, habéis abrazado una vida y una muerte tan penosa, yo acepto, oh Jesús mío, por amor vuestro todas las penas que me vendrán de vuestras manos. Las acepto y las abrazo, porque me vienen de aquellas manos que han sido un día traspasadas a fin de librarme de las penas del infierno tantas veces merecido. Vuestro amor, o Redentor mío, en ofreceros a padecer tanto por mi, me obliga sobremanera a aceptar por Vos toda pena, todo desprecio. Dadme, Señor mío, por vuestros méritos vuestro santo amor. Este me hará dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias: Yo os amo sobre todas las cosas, os amo con todo el corazón, os amo más que a mi mismo. Vos en toda vuestra vida me disteis tan repetidas y tan grandes señales de vuestro afecto; pero yo ingrato hasta aquí, he vivido tantos años en el mundo; y ¿qué señal de amor os he dado? haced, pues, o mi Dios, que en los años que me restan de vida, os de alguna prueba de que os amo. No me fío de llegarme a Vos, cuando me habréis de juzgar, sin haber hecho antes alguna cosa por amor vuestro. Mas ¿qué puedo hacer yo sin vuestra gracia? Otra cosa no pue-

do, sino pediros que me socorráis; y aun esta mi súplica es gracia vuestra. Jesús mío socorredme por los méritos de vuestras penas y de la sangre que habéis derramado por mi. María santísima, recomendadme a vuestro Hijo, por el amor *que le tuvisteis*. Mirad que yo soy una de aquellas ovejuelas por las que vuestro Hijo ha muerto.

MEDITACIÓN III.

Parvulus natus est nobis, el Filius datus est nobis. (Isai. IX, 6).

Ha nacido un chiquito para nosotros; y un Hijo se ha dado a nosotros.

Considera como después de tantos siglos, después de tantos ruegos y suspiros, aquel Mesías, que no fueron dignos de ver los santos Patriarcas y Profetas, el suspirado de las gentes, nuestro Salvador vino por fin, ha nacido ya y se ha dado todo a nosotros. El Hijo de Dios se ha hecho pequeñito, para hacernos grandes: se ha dado todo a nosotros, para que nosotros nos demos todos a él; y ha venido a manifestarnos su amor, para que nosotros le correspondamos con el nuestro. Recibámoslo pues, con afecto, amémosle, y recurramos al mismo en todas nuestras necesidades. Los niños, dice san Bernardo, son fáciles en dar aquello que se les pide. Jesús ha querido venir tal, por manifestarse propenso y fácil a darnos sus bienes, ya que todos los tesoros

están en sus manos, y en ellas puso el Padre todas las cosas, nos dice san Juan [44]. Si queremos luz, él por esto ha venido para iluminarnos. Si queremos fuerza para resistir a los enemigos, Jesús ha venido para confortarnos. Si queremos el perdón y la salvación, él ha venido para perdonarnos y salvarnos. Si, finalmente, queremos el sumo don del amor divino, él ha venido para inflamarnos; y por esto, sobre todo, se ha hecho niño, y ha querido presentarse a nosotros pobre y humilde, para apartar de nosotros todo temor y conquistarse nuestro amor, dice san Pedro Crisólogo: *Taliter venire debuit, qui voluit timorem pellere, quaerere charitatem.* Por otra parte, Jesús ha querido venir de chiquito, para hacerse amar de nosotros, con amor no solo apreciativo, sí también tierno. Todos los niños saben ganarse un especial cariño de quien los guarda. ¿Quién, pues, no amará con toda la ternura a un Dios viéndole hecho niñito, menesteroso de leche, temblando de frío, pobre, envilecido y abandonado, que llora, que da vagidos en un pesebre sobre la paja? Esto hacía exclamar al enamorado san Francisco: Amemos al Niño de Belén, amemos al Niño de Belén. Almas, venid a amar a un Dios hecho pobre, pequeñito, que es tan amable, y que ha bajado, del cielo para darse todo a nosotros.

44 Joan. III, 35.

Afectos y súplicas.

¡Oh amable Jesús, de mí tan despreciado ¡Vos habéis bajado del cielo a rescatarnos del infierno y daros todo a nosotros; ¿cómo, pues, hemos podido volveros tantas veces las espaldas, sin hacer caso de vuestros favores? ¡Oh Dios! los hombres son tan agradecidos con las criaturas, que si cualquiera les hace un regalo, sí les envía una visita de lejos, si les muestra una señal de afecto, no se olvidan de ella y se sienten obligados a corresponderles; y al mismo tiempo son tan ingratos con Vos, que sois su Dios tan amable, y que por su amor no habéis rehusado dar la sangre y la vida. Mas, ¡ay de mí! que he sido para con Vos peor que los demás, porque he sido más amado y más ingrato que los otros. ¡Ah! si las gracias que me habéis dispensado las hubiéseis hecho a un hereje o a un idólatra, aquellos se habrían vuelto santos, y yo os he ofendido. ¡Ah! no os acordéis, Señor, de las injurias que os he hecho. Vos, ya lo habéis dicho, que cuando el pecador se arrepiente os olvidáis de todos los ultrajes recibidos: *Omnium iniquitatum ejus non recordabor. Si* por lo pasado no os he amado, para lo sucesivo no quiero hacer otra cosa que amaros. Vos os habéis dado todo a mi, y yo os doy toda mi voluntad. Con esta yo os amo, yo os amo, yo os amo, y quiero repetirlo siempre. Así diciendo, quiero vivir y morir, espirando el último aliento con estas dulces palabras en mi boca: *mi Dios, os amo,* para co-

menzar desde el momento que entrare en la eternidad un amor continuo hacia Vos, que durará eternamente, sin cesar jamás de amaros. Entre tanto, Señor mío, mi único bien y amor, propongo anteponer vuestra voluntad a todo placer mío. Venga todo el mundo, yo lo rechazo, que no quiero, no, dejar más de amar a quien tanto me ha amado; no quiero disgustar más a quien merece de mí un amor infinito. Ayudad Vos, Jesús mío, con vuestra gracia este mi deseo. Reina mía, María, reconozco deber a vuestra intercesión todas las gracias que he recibido de Dios; no dejéis de interceder por mi. Alcanzadme la perseverancia, Vos que sois la madre de ella.

MEDITACIÓN IV

Dolor meus in conspectu meo semper. (Psalm. XXXVII, 18)
Mí dolor está siempre delante de mí.

Considera como en aquel primer instante en que fue criada, unida el alma de Jesucristo a su cuerpecito en el seno de María, el Padre eterno intimó al Hijo su voluntad, de que muriese por la redención del mundo; y en aquel mismo instante le presentó delante toda la escena funesta de las penas que debía sufrir hasta la muerte, para redimir a los hombres. Le manifestó ya entonces todos los trabajos, desprecios y pobrezas que había de padecer en toda su vida, así en Belén, como

en Egipto y en Nazaret; y después le descubrió todos los dolores y las ignominias de su pasión, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz; todos los tedios las tristezas, las agonías y los abandonos en medio de los que había de concluir su vida sobre el Calvario.

Abrahan, llevando el hijo a la muerte, no quiso afligirle con anticiparle el aviso de ella, por aquel poco tiempo que necesitaba para llegar al monte. Pero el eterno Padre quiso que su Hijo encarnado, destinado por víctima de nuestros pecados a su divina justicia, padeciese con mucha anticipación todas las penas a que debía sujetarse en su vida y en su muerte. De donde fue, que aquella tristeza sufrida por Jesús en el huerto, bastante para quitarle la vida, la padeció continuamente desde el primer momento que estuvo en el vientre de su Madre. Así que, desde entonces sintió vivamente y sufrió el peso reunido de todos los trabajos, dolores y vituperios que le esperaban. Toda la vida de nuestro Redentor, y todos sus años, fueron vida y años de pena y de lágrimas, diciéndonos él mismo por boca de David: *Con el dolor ha desfallecido mi vida, y mis años con los gemidos* [45]. Su divino corazón no tuvo un momento libre de padecimientos: o velaba, o dormía, o trabajaba, o descansaba u oraba o, conversaba; siempre tenía delante de sus ojos aquella amarga representación; la cual atormentaba más su alma santísima,

45 Psalm. XXX, 11.

que han atormentado a los santos Mártires todas sus penas. Estos han padecido, pero ayudados de la gracia padecían con alegría y fervor. Jesucristo padeció mas, padeció siempre con un corazón lleno de tristeza, y todo lo aceptó por amor a nosotros.

Afectos y súplicas.

¡Oh dulce, oh amable, oh amante corazón de Jesús! ¿luego ya desde Niño estuvisteis lleno de amargura, y agonizasteis en el seno de María, sin consuelo y sin quien os mirase, o al menos se compadeciese de Vos? Todo esto lo sufristeis, o Jesús mío, a fin de satisfacer por la pena y agonía eterna que a mí tocaba padecer por mis pecados. Vos, pues, padecisteis falto de todo Alivio porque me salvase yo, que he tenido el atrevimiento de abandonar a Dios y volverle las espaldas. Os doy gracias ¡oh corazón afligido y enamorado de mi Señor! Os doy gracias, y os compadezco especialmente de ver que tanto padecisteis por los hombres, y estos tan poco os compadecen. ¡Oh amor divino! ¡Oh ingratitud humana! ¡oh hombres, hombres! mirad a este pequeño corderito inocente, angustiado por vosotros, para satisfacer a la justicia divina las injurias que le habéis hecho. Atended como él está rogando e intercediendo por vosotros cerca del eterno Padre: miradle y amadle. ¡Ah mi Redentor! ¡Cuán pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡Oh

Dios! ¡cuán Pocos son los que os aman! Pero ¡miserable de mí! que también he vivido por tantos años olvidado de Vos! Habéis padecido tanto para que os amase, ¡y nada os he amado! Perdonadme, Jesús mío, perdonadme, que ya quiero enmendarme y quiero amaros. ¡Pobre de mí, si resisto por más tiempo a vuestra gracia y me condeno! Todas las misericordias de que habéis usado conmigo, y especialmente vuestra dulce voz que ahora me llama a amaros, serán mis mayores penas en el infierno. Amado Jesús, tened piedad de mí, no permitáis que viva más ingrato a vuestro amor; dadme luz, dadme fuerza de vencerlo todo, para cumplir vuestra voluntad. Escuchadme os ruego, por los méritos de vuestra pasión. En esta yo todo lo confío y en vuestra intercesión. ¡Oh María, madre mía amada! socorredme. Vos sois aquella, que habéis alcanzado todas las gracias que yo he recibido de Dios. Os doy gracias, pero si Vos no continuáis en socorrerme, yo seguiré en ser infiel como lo he sido hasta aquí...

MEDITACIÓN V

Oblatus est, quia ipse voluit. (Isai. LIII, 7).
Se ofreció, porque él mismo lo quiso.

El Verbo divino, en el primer instante que se vió hecho hombre y niño en el vientre de María todo se ofreció por sí mismo a las penas y a la muerte por el rescate

del mundo. Sabía que todos los sacrificios de los machos de cabrío, y de los toros ofrecidos anteriormente a Dios, no habían podido satisfacer por las culpas de los hombres; pues se necesitaba una persona divina que pagase por estos el precio de su redención. Por lo que dijo Jesús al entrar en el mundo aquellas palabras que san Pablo pone en su boca: *Padre mío, todas las víctimas ofrecidas a Vos hasta aquí, no han bastado, ni podían bastar a satisfacer vuestra justicia:* me habéis dado un cuerpo pasible, para que con la efusión de mi sangre os aplaque, y salve a los hombres; heme pronto, todo lo acepto, y en todo me someto a vuestro querer. Repugnaba este sacrificio a la parte inferior de Jesús, que como hombre naturalmente rehusaba aquella vida y aquella, muerte tan llena de penas y de oprobios; pero venció la parte superior de la razón, que estaba toda subordinada a la voluntad del Padre, y todo lo aceptó; comenzando Jesús a padecer desde aquel punto cuantas angustias y dolores debía sufrir en los años de su vida. Así se condujo nuestro Redentor desde el primer momento de su entrada en el mundo. Mas ¡oh Dios! ¿cómo nos hemos portado nosotros con Jesús, desde que comenzamos a conocer con la luz de la fe los sagrados misterios de su redención? ¿Qué pensamientos, qué designios, qué bienes hemos amado? Placeres, pasatiempos, soberbias, venganzas, sensualidad... He aquí los bienes que han aprisionado los afectos de nuestro corazón. Pero si tenemos fe es necesario ya mudar de vida y amor. Ame-

mos a un Dios que tanto ha padecido por nosotros. Pongámonos delante las penas del corazón de Jesús sufridas desde niño por nosotros; y de esta manera no podremos amar otro que este corazón, el cual tanto nos ha amado.

Afectos y súplicas.

Señor mío, ¿queréis saber de mí cómo me he portado con Vos en mi vida? Desde que comencé a tener uso de razón, comencé también a despreciar vuestra gracia y vuestro amor. Vos mejor lo sabéis que yo pero me habéis sufrido, porque aun me queréis bien. Huía de Vos, y os habéis acercado llamándome. Aquel mismo amor que os hizo bajar del cielo para venir a buscar la oveja perdida, ha hecho que me sufrieseis tanto, y no me abandonáseis. Jesús mío, ahora Vos me buscáis, y yo os busco también. Siento ya que vuestra gracia me asiste; me asiste con el dolor de mis pecados, que aborrezco sobre todo mal; me asiste con el grande deseo que tengo de amaros y daros gusto. Sí, mi Señor, os quiero amar y complacer cuanto pueda. Por una parte, me da verdadero temor mi fragilidad y debilidad, contraida por causa de mis pecados; pero por otra, es más grande la confianza que me da vuestra gracia, haciéndome esperar en vuestros méritos, y dándome grande ánimo para decir: *Todo lo puedo en quien me conforta.* Si soy débil, Vos me daréis fuerza contra los enemigos: si estoy en-

fermo, espero que vuestra sangre será mi medicina: si soy pecador, confío que Vos me haréis santo. Conozco que por lo pasado soy culpable de mi ruina, porque en los peligros he dejado de recurrir a Vos. De hoy en adelante, Jesús mío y esperanza mía, a Vos quiero siempre recurrir; y de Vos espero toda ayuda, todo bien. Yo os amo sobre todas las cosas, ni quiero amar a otro que a Vos. Ayudadme por piedad, por el mérito de tantas penas que desde niño habéis sufrido por mí. ¡Eterno Padre! por amor de Jesucristo aceptad que yo os ame. Si yo os he enojado, aplacaos con las lágrimas de Jesús niño, que os ruega por mí: *Respice in faciem Christi tui.* Yo no merezco gracias, pero las merece este Hijo inocente, que os ofrece una vida de penas, a fin de que Vos useis conmigo de misericordia. Y Vos, madre de misericordia, María, no dejéis de interceder por mí. Sabéis cuanto confío en Vos, y yo se bien que no abandonais a quien a Vos recurre.

MEDITACIÓN VI.

Factus sum sicut homo sine adjutorio, inter mortuos liber. (Psalm. LXXXVII, 5).

He venido a ser como hombre sin socorro, libre entre los muertos.

Considera la vida penosa que tuvo Jesucristo en el seno de su Madre, por la prisión tan larga, estrecha y

oscura que allí padeció por nueve meses. Es verdad que los otros niños están en el mismo estado; mas ellos no sienten las incomodidades porque no las conocen. Pero Jesús las conocía bien, porque desde el primer instante de su vida tuvo perfecto uso de razón. Tenía sentidos, y no podía servirse de ellos; tenía ojos, y no podía ver; tenía lengua, y no podía hablar; manos, y no las podía extender; pies, y no podía andar; así que por nueve meses hubo de estar encerrado como en un sepulcro. *He venido a ser, nos dice él mismo por David, como hombre sin socorro, libre entre los muertos.* Él era libre, porque voluntariamente se había hecho prisionero de amor en aquella cárcel; pero el amor le privaba el uso de la libertad, y allí le tenía estrechado con cadenas que no le permitían moverse.

¡Oh grande paciencia del Salvador! exclama san Ambrosio, pensando en las penas de Jesucristo mientras estaba en el seno de María. Fue para el Redentor el vientre de María cárcel voluntaria, porque fue prisión de amor; mas por otra parte no fue injusta. Era a la verdad inocente, pero se había ya ofrecido a pagar nuestras deudas, y a satisfacer por nuestros delitos. Con razón, pues, la divina justicia lo tiene de tal manera encarcelado, comenzando con esta pena a exigir del mismo la merecida satisfacción. Mira a qué se reduce el Hijo de Dios por amor de los hombres; se priva de su libertad, y se pone en cadenas, para librarnos de las del infierno.

Mucho, pues, merece ser reconocida con gratitud y con amor la gracia de nuestro libertador y fiador, quien, no por obligación, sino sólo por afecto se ha ofrecido a pagar, y ha pagado por nosotros los débitos y las penas, dando por ellas su vida divina. No olvides, dice el Eclesiástico, el favor del que te salió por fiador, porque puso su alma por tí: *Gratiam fideijussoris ne obliviscaris: dedit enim pro te animam suam* (Eccli. 20, 20).

Afectos y súplicas.

Sí, Jesús mío, tiene razón el escritor sagrado de advertirme que no me olvide de la inmensa gracia que Vos me habéis hecho. Yo era el deudor, yo el reo, y Vos el inocente, vos, mi Dios, habéis querido satisfacer por mis pecados con vuestras penas y con vuestra muerte. M as, después de esto, yo me he olvidado de tan grande gracia y de vuestro amor: he tenido atrevimiento de volveros las espaldas, como si no fueseis mi Señor, y aquel Señor que tanto me ha amado. Pero sí hasta aquí me he olvidado, no quiero, Redentor mío, olvidarme más. Vuestras penas y vuestra muerte serán mi continuo pensamiento; y estas me recordarán siempre el amor que me habéis tenido. Maldigo aquellos días en los cuales, olvidado yo de lo que padecisteis por mí, abusé tan malamente de mi libertad. Vos me la habíais dado para amaros, y me serví de ella para despreciaros.

Pero hoy la consagro a Vos. Libradme, pues, Señor mío, de la desgracia de verme separado otra vez de Vos, y hecho de nuevo esclavo de Lucifer. Ea, encadenad a vuestros pies esta mi pobre alma con vuestro santo amor a fin de que no se separe jamás de Vos. Padre eterno, por la prisión de Jesús en el vientre de María, libradme de las cadenas del pecado, y del infierno. Y Vos, Madre de Dios, socorredme, vos tenéis dentro de vuestro seno aprisionado y estrechado con Vos al Hijo de Dios. Ya, pues, que Jesús es vuestro prisionero, él hará cuanto le digáis. Decidle que me perdone; decidle que me haga santo. Ayudadme, Madre mía, por aquella gracia y honor que os hizo Jesucristo de habitar por nueve meses en vuestro interior.

MEDITACIÓN VII.

In propria venit, et sui eum non receperunt. (Joan. I,11).
A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

En estos días del santo nacimiento, andaba lamentando y suspirando san Francisco de Asís por las sendas y selvas, con gemidos inconsolables. Preguntado por la causa de esto, respondió: ¿Y cómo queréis que yo no gima, cuando veo que el amor no es amado? Veo a un Dios casi fuera de sí por amor del hombre y al hombre tan ingrato a este Dios. Pues si esta ingratitud tanto afligía el corazón de san Francisco considere-

mos cuánto mas afligió el corazón de Jesucristo. Apenas concebido en el vientre de María, vió la cruel correspondencia que debía recibir de los hombres. Había venido del cielo a encender el fuego del divino amor, y este solo deseo le había hecho descender a la tierra, a sufrir un abismo de penas y de ignominias; y después se le presentaba otro abismo de pecados, que habían de cometer los hombres, habiendo visto tantas señales de su amor.

Esto fue, dice san Bernardino de Sena, lo que le hizo padecer un infinito dolor. Aún entre nosotros, el verse tratado alguno con ingratitud por otro hombre, es un dolor insufrible; pues, como reflexiona el beato Simón de Casia, la ingratitud frecuentemente aflige el alma, más que cualquier otro dolor al cuerpo. Luego ¿qué dolor ocasionaría a Jesús nuestra ingratitud, al ver que, siendo Dios, su amor y sus beneficios habían de ser pagados con disgustos e injurias? Por esto nos dice: *Pusieron contra mis males por bienes, y odio por mi amor* [47]. Mas, aún hoy día parece que vaya lamentándose Jesucristo con aquellas palabras del mismo Profeta: He sido hecho extraño a mis hermanos [48], cuando ve que de muchos no es ni amado, ni conocido, como si no les hubiese hecho bien alguno, ni nada hubiera padecido por su amor. ¡Oh Dios! ¿qué caso hacen al presente tantos cristianos del amor de Jesucristo? Apa-

47 Psalm. CVIII, 5.
48 Psalm. LXVIII, 9.

reció este Redentor una vez al beato Enrique Susón en forma de un peregrino que andaba mendigando de puerta en puerta un poco de alojamiento, pero todos le desechaban con injurias y groserías. ¡Cuántos ¡ah! se hallan semejantes a aquellos de quienes habla Job, los cuales decían a Dios: «Apártate de nosotros», siendo así que él había llenado sus casas de bienes [49]. Nosotros, aunque hasta aquí nos hayamos unido a estos ingratos, ¿querremos seguir en ser siempre tales? No, que no se merece esto aquel amable Niño que ha venido del cielo a padecer y morir por nosotros, para hacerse amar de nosotros.

Afectos y súplicas.

Luego será verdad, o Jesús mío, que Vos habéis bajado del cielo para haceros amar de mí, habéis venido a abrazaros con una vida de penas y una muerte de cruz por amor mío, y para que os diese acogida en mi corazón; y yo tantas veces he tenido valor de desecharos diciendo: ¡Apartaos de mí, Señor, que no os quiero! ¡Oh Dios! si Vos no fueseis bondad infinita, y sino hubiéseis dado la vida por perdonarme, no tendría ánimo de pediros perdón; pero oigo que Vos mismo me ofrecéis la paz: «Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros», decís por Zacarías. Vos mismo, Jesús mío, que habéis

49 Job. XXII, 17.

sido ofendido por mí, os hacéis mi intercesor, como nos lo asegura vuestro discípulo amado: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris* [50]. No quiero, pues, haceros este nuevo agravio, de desconfiar de vuestra misericordia.

Yo me arrepiento con toda el alma, de haberos despreciado. ¡Oh sumo bien! recibidme en vuestra gracia por aquella sangre que habéis derramado por mí. No soy digno de ser llamado hijo vuestro. No, que no soy digno, mi Redentor y Padre, de ser más hijo vuestro, habiendo renunciado tantas veces a vuestro amor; pero Vos me hacéis digno con vuestros méritos. Os doy gracias, Padre mío, y os amo. ¡Ah! el sólo pensamiento de la paciencia con que me habéis sufrido por tantos años, y de las gracias que me habéis dispensado después de tantas injurias que os he hecho debiera hacerme vivir siempre ardiendo en vuestro amor. Venid, pues, Jesús mío, que yo no quiero desecharos mas: venid a habitar en mi pobre corazón. Yo os amo, y quiero siempre amaros; pero Vos inflamadme siempre más, recordándome el amor que me habéis tenido.

Reina y madre mía, María, ayudadme, rogad a Jesús por mí, hacedme vivir agradecido en lo que me resta de vida a este Dios que tanto me ha amado, aunque después tanto le he ofendido.

---

50 Joan. II, 2.

MEDITACIÓN VIII.

Apparuit grapia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos ut... pie vivamus in hoc seculo, expectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei, el Salvatoris nostri Jesu Christi. (Tít. II, 11).

Se manifestó a todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que vivamos en este siglo píamente, aguardando la esperanza bienaventurada, y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador Jesucristo.

Considera que por la gracia que aquí dice manifestada se entiende el entrañado amor de Jesucristo hacia los hombres, amor nunca merecido por nosotros, y por esto se llama gracia. Este amor por otra parte fue siempre el mismo en Dios, pero no siempre se mostró del mismo modo. Primeramente fue prometido en tantas profecías, y encubierto bajo el velo de tantas figuras. Mas en el nacimiento del Redentor se dejó ver a las claras este amor divino, apareciendo a los hombres el Verbo eterno, niño, recostado sobre el heno, que gemía y temblaba de frío, comenzando ya de esta manera a satisfacer por nosotros las penas que merecíamos, y dando asimismo a conocer el afecto que nos tenía, con dar por nosotros la vida. Porque, como dice san Juan [51]: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que*

51 I Joan. III, 16.

puso él su vida por nosotros. Se manifestó, pues, el amor de Dios, y si manifestó a todos, *omnibus hominibus.* Pero, ¿por qué después no le han conocido todos, y todavía hay tantos que no le conocen? El mismo Jesucristo da la razón: *Porque los hombres amaron más las tinieblas que la luz* [52]. No le han conocido ni conocen, porque no quieren, estimando en más las tinieblas del pecado, que la luz de la gracia. Procuremos no ser del número de estos infelices. Si hasta aquí hemos cerrado los ojos a la luz, pensando poco en el amor de Jesucristo, procuremos en los días que nos restan de vida tener siempre delante la vista las penas y la muerte de nuestro Redentor, para amar a quien tanto nos ha amado, «aguardando entre tanto la esperanza bienaventurada y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo». Así Podremos confiar fundadamente, según las divinas promesas, en aquel paraíso que Jesucristo nos ha adquirido con su sangre. En esta primera venida, viene Jesús de niño, pobre y envilecido, y déjase ver nacido en un establo, cubierto de pobres mantillas, y reclinado sobre el heno; pero en la segunda venida vendrá de juez sobre un trono de majestad. *Verán entonces, nos dice él mismo, al Hijo del Hombre, viniendo sobre las nubes con grande poder y majestad.* ¡Dichoso en aquella hora el que le habrá amado, y miserable el que no le haya amado!

52 Joan. III, 19.

Afectos y súplicas.

¡Oh mi santo Niño! ahora os veo sobre esa paja; pobre, afligido y abandonado; mas se que un día habéis de venir a juzgarme en un solio de resplandores, y cortejado por los Ángeles. ¡Ah! perdonadme, antes que me hayáis de juzgar. Entonces deberéis portaros como Dios de justicia, pero ahora sois para mi Redentor y Padre de misericordia. Yo ingrato, he sido uno de aquellos que no os han conocido, porque no han querido conoceros; y por esto en vez de pensar en amaros, considerando el amor que me habéis tenido, no he pensado sino en satisfacer mis apetitos, despreciando vuestra gracia y vuestro amor. Esta mi alma, que he perdido, ahora la consigno en vuestras santas manos. Salvadla, Señor: *In manus tuas commendo spiritum meum* [53]. En Vos pongo, deposito todas mis esperanzas, sabiendo que habéis dado la sangre y la vida por mí, para rescatarme del infierno: *Redemisti me, Domine, Deus veritatis.* Vos no habéis permitido que yo muriese cuando estaba en pecado, y me habéis esperado con tanta paciencia, para que yo, reconocido; me arrepienta de haberos ofendido, y comience a amaros; y así podáis después perdonarme y salvarme. Sí, Jesús mío, quiero complaceros: yo me arrepiento sobre todo mal de cuantos disgustos os he causado, me arrepien-

53 Psalm. XXX, 6.

to y os amo sobre todas las cosas. Salvadme por vuestra misericordia; y mi salvación sea amaros siempre en esta vida y en la eternidad. Amada madre mía, María, reconmendadme a vuestro Hijo. Hacedle presente que yo soy siervo vuestro, y que en Vos he puesto mi esperanza. Él os oye, y nada os niega.

MEDITACIÓN IX.

Ascendit autem et Joseph, ut profiteretur cum María desponsata sibi, *uxore prægnante.* (Luc. II, 4).

Subió también José, para empadronarse con su esposa María, que estaba en cinta.

Había ya decretado Dios que su Hijo naciese no en la casa de José, sino en una gruta y establo de bestias del modo más pobre y más penoso que puede nacer un niño; y para esto dispuso que César Augusto publicase un edicto, mandando que cada uno fuese a empadronarse en la propia ciudad, de la que traía su origen. José cuando tuvo noticia de esta orden se puso en agitación, pensando si debía dejar, o llevar consigo la Virgen Madre, que estaba próxima al parto. «Esposa y Señora mía, la dice; por una parte yo no quisiera dejaros sola; por otra, si os llevo me aflige la pena de que Vos habéis de padecer mucho en este viaje tan largo, y hecho en un tiempo tan rígido: mi pobreza no me permite llevaros con aquella comodidad que a Vos es debida». Mas res-

ponde María, y le da ánimo, diciéndole: «José mío, no temas, yo iré contigo, el Señor nos asistirá». Sabía bien esta Señora, por inspiración divina, y también porque estaba bien penetrada de la profecía de Miqueas, que en Belén había de nacer el divino Infante. Por lo que, toma las fajas y los otros pobres paños preparados ya, y marcha con José: *Ascendit autem Joseph, ut profiteretur cum María*. Vamos aquí considerando los devotos y santos discursos que en este viaje deberían tener los dos santos Esposos acerca de la misericordia, de la bondad y del amor del Verbo divino, que dentro de poco tiempo había de nacer y aparecer sobre la tierra, para la salvación de los hombres. Consideremos aquí también las alabanzas, las bendiciones y acciones de gracias, los actos de humildad y de amor en que se ejercitarían por el camino estos dos grandes viajeros.

Mucho ciertamente padecía aquella santa doncellita vecina al parto, caminando largas distancias por sendas extraviadas, y en la estación del invierno; pero padecía con paz, y con amor; ofrecía todas aquellas penas a Dios, uniéndolas con las de Jesús, que llevaba en su seno. ¡Ah! unámonos también nosotros, y acompañemos al Rey del cielo con María y José: a este Rey, que va a nacer en una cueva, y hacer su primera entrada en el mundo, de niño, pero niño el más pobre y abandonado que jamás ha nacido entre los hombres, y pidamos a Jesús, María y José, que por el mérito de las penas padecidas en este viaje nos acompañen en el que

estamos haciendo a la eternidad, ¡Oh! dichosos nosotros, si nos acompañásemos y fuésemos siempre acompañados de estos tres grandes personajes!

Afectos y súplicas.

Mi amado Redentor, yo se que en este viaje a Belén os acompañan a escuadrones los Ángeles del cielo; pero de los que habitan en la tierra ¿quién os acompaña? Solos lleváis con Vos José y María al Niño que llevas dentro de tí. No rehuséis, pues, Jesús mío, que os acompañe también yo miserable e ingrato como he sido; mas ahora reconozco el agravio que os he hecho. ¡Ah! sí, Vos habéis bajado del cielo para salvarme, para ser mi Compañero sobre la tierra, y yo tantas veces os he dejado, ofendiendoos ingratamente. Cuando pienso, o mi Señor, las muchas veces que por mis gustos malditos me he separado de Vos renunciando a vuestra amistad, quisiera morirme de dolor; pero habéis venido para perdonarme. Ea, pues, perdonadme pronto, que ya me arrepiento con toda el alma de haberos tantas veces vuelto las espaldas y abandonado. Propongo y espero con vuestra gracia no dejaros mas, y no separarme de Vos, único amor mío. Mi alma se ha enamorado de Vos, o mi amable Dios niño. Os amo, mi dulce Salvador; y ya que habéis venido a la tierra a salvarme, y a dispensarme vuestras gracias, estas solo os pido; no permitáis que tenga que separarme mas de Vos. Unidme,

estrechadme a Vos encadenándome con los dulces lazos de Vuestro santo amor.

¡Ah mi Redentor y Dios! ¿y quién tendrá más corazón de dejaros, y de vivir sin Vos, privado de vuestra gracia? Santísima María, yo vengo para acompañaros en este viaje; y vos no dejéis de asistirme madre mía, en el viaje que hago a la eternidad. Asistidme siempre, pero especialmente cuando me hallaré al fin de mi vida, próximo a aquel momento del que depende, o estar siempre con Vos, para ver a Jesús en el paraíso, o estar siempre lejos de Vos, para aborrecer a Jesús en el infierno. Reina mía, salvadme con vuestra intercesión, y mi salud sea amar a Vos y amar a Jesús por siempre, en el tiempo y en la eternidad. Vos sois mí esperanza; de Vos todo lo confío.

MEDITACIONES

PARA LA OCTAVA DE NATIVIDAD HASTA LA EPIFANÍA.

MEDITACIÓN I.

Del Nacimiento de Jesús.

El nacimiento de Jesucristo trajo una alegría general a todo el mundo. Él fue aquel Redentor deseado por tantos años y con tantos suspiros; que por esto fue llamado el Deseado de las gentes, y el deseo de los collados eternos. Hele; ya ha venido, y ha nacido en una pequeña cueva. Aquel gozo grande, que el Ángel anunció a los pastores, hoy lo anuncia también a nosotros, y nos dice: *Ecce evangelizo vobis gaudium magnum*, gozo que será para todo el pueblo; porque hoy os es nacido el Salvador del mundo. ¡Qué gran fiesta se hace en un reino cuando nace al monarca su primogénito! Pues, mayor fiesta debemos hacer nosotros, viendo nacido al Hijo de Dios que ha venido del cielo a visitarnos, movido de las entrañas de su misericordia. Nosotros estabamos perdidos, y he aqui que el ha venido a salvarnos: el Pastor ha venido a salvar sus ovejuelas de la muerte, dando su vida por amor de ellas. El Cordero de Dios ha venido a sacrificarse por alcan-

zarnos la divina gracia, y para hacerse nuestro libertador, nuestra vida, nuestra luz, y aun nuestro alimento en el santísimo Sacramento. Dice san Agustín, que por eso Jesucristo al nacer quiso ser puesto en el pesebre donde hallaban pasto los animales; para darnos a entender, que él se hizo hombre a fin de hacerse él mismo nuestra comida para la eternidad. Jesús, en efecto, nace todos los días en el Sacramento por medio del sacerdote y *de la* consagración. El altar es el pesebre, y allí vamos nosotros a alimentarnos de sus carnes. Alguno habrá que desee tener el santo Niño en los brazos, como le tuvo el santo viejo Simeón; pues cuando comulgarnos nos enseña la fe qu*e* no solo en los brazos, sí que dentro de nuestro pecho está aquel mismo Jesús que estuvo en el pesebre de Belén; para esto él ha nacido, para darse todo a nosotros: *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.*

Afectos y súplicas.

Señor, yo soy la oveja que, por andar tras de mis placeres y caprichos, me he perdido miserablemente; mas Vos, o Pastor y juntamente Cordero divino; sois aquel que habéis, venido del cielo a salvarme, sacrificandoos cual víctima sobre la cruz en satisfacción de mis pecados. Si yo, pues, quiero enmendarme, ¿qué debo temer? ¿Por qué no debo confiarlo todo de Vos, mi Salvador, que habéis nacido de intento para

salvarme? ¿Qué mayor señal de misericordia podíais darme, o dulce Redentor mío, para inspirarme confianza, que daros Vos mismo? Yo os he hecho llorar en el establo de Belén; pero si Vos habéis venido a buscarme, yo me arrojo confiado a vuestros pies; y aunque os vea afligido y envilecido en ese pesebre, reclinado sobre la paja, os reconozco por mi Rey y Soberano. Oigo ya esos vuestros dulces vagidos, queme convidan a amaros, y me piden el corazón.

Aquí le tenéis, Jesús mío. Hoy lo presento a vuestros pies; mudadlo, inflamadlo Vos, que a este fin habéis venido al mundo, para inflamar los corazones con el fuego de vuestro santo amor. Oigo también que desde ese pesebre me decís: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.* Y yo respondo: ¡Ah Jesús mío! y si no amo a Vos, que sois mi Dios y Señor, ¿a quién he de amar? No, amado Señor mío, yo todo me entrego a Vos, y os amo con todo el corazón. Yo os amo, yo os amo, yo os amo. ¡Oh sumo bien, oh único amor de mí alma! Ea, aceptadme por vuestro en este día, y no permitáis que haya de dejar de amaros.

Reina mía, María, os pido por aquel consuelo que tuvisteis la primera vez que mirasteis nacido a vuestro hijo, y le distéis los primeros abrazos, intercedáis con él, para que me acepte por hijo, y me encadene para siempre con el don de su santo amor.

MEDITACIÓN II.

Jesús nace niño.

Considera como la primera señal que dio el Ángel a los pastores para hallar al Mesías recién nacido, fue la de encontrarle en forma *de niño: Invenietis infantem pannis involutum* [54].

La pequeñez de los niños es un grande atractivo de amor; pero un atractivo mucho mayor debe ser para nosotros la pequeñez de Jesús, que siendo un Dios inmenso, se ha hecho chiquito por nuestro amor, como dice san Agustín [55]. Adán compareció sobre la tierra en edad perfecta; mas el Verbo eterno quiso manifestarse infante, para atraerse de esta manera con mayor fuerza de amor nuestros corazones. Jesús no viene al mundo para infundir terror, sino para ser amado; y por eso en su primera aparición quiere hacerse ver tierno y pobre niño. «Mi Señor es grande, y digno en gran manera de ser loado», decía san Bernardo [56]; pero viéndole después el Santo hecho pequeñito en el establo de Belén, añadía exclamando con ternura: *Chiquito es el Señor, y por ello muy digno de ser amado.* ¡Ah! y quien considere con fe a un Dios niño llorar, y dar vagidos sobre la paja en una gruta, ¿cómo es posible que no le ame, y no invite a todos a amarle, como

54 Luc. II, 12
55 22 In Joan.
56 Serm. XLVII in Cant.

invitaba san Francisco de Asis diciendo: *Amemos al Niño de Belén: amemos al Niño de Belén?* ÉL es infantito, no habla, sí que solo gime; pero ¡oh Dios! que aquellos gemidos son voces todas de amor, con las que nos convida a amarle, y nos pide el corazón. Considero por otra parte que los niños se atraen los afectos también, porque se reputan inocentes, aunque nazcan manchados de la culpa original. Mas Jesús nace niño inocente, santo, sin mancha alguna. Mi amado, decía la sagrada Esposa, es todo rubicundo por el amor y cándido por la inocencia, puro de toda culpa, elegido entre miles: *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus* [57]. Solo en este Niño halló el eterno Padre sus delicias, porque, como dice san Gregorio, solamente en este no halló culpa. Consolémonos, pues, nosotros miserables pecadores, porque este divino Infante ha venido del cielo a comunicarnos esta su inocencia por medio de su pasión. Los méritos suyos, si nosotros supiésemos estimarlos, pueden mudarnos de pecadores en santos e inocentes; pongamos en ellos nuestra confianza, pidamos por los mismos al eterno Padre siempre la gracia, y lo alcanzaremos todo.

Afectos y súplicas.

Eterno Padre, yo miserable pecador, reo del infierno, no tengo qué ofreceros en satisfacción de mis pe-

57 Cant. V, 10.

cados; os ofrezco, pues, las lágrimas, las penas, la sangre, la muerte de este niño que es vuestro Hijo, y por él os suplico piedad. Si yo no tuviese este Hijo que ofreceros, sería perdido, no tendríais más que esperar de mí; pero Vos para esto me lo habéis dado, a fin de que ofreciendoos los méritos suyos espere mi salvación. ¡Señor! grande ha sido mi ingratitud; pero es más grande vuestra misericordia. ¿Y qué mayor misericordia podía esperar, que tener de Vos en don a vuestro mismo Hijo, por mi Redentor y por víctima de mis pecados? Por amor, pues, de Jesucristo perdonadme todas las ofensas que os he hecho; de las cuales me arrepiento con todo el corazón, por haber ofendido a Vos, bondad infinita. Y por amor de Jesucristo os pido la santa perseverancia. ¡Ah! mi Dios, si yo os volviese a ofender, después que me habéis esperado con tanta paciencia, me habéis socorrido con tantas luces y me habéis perdonado con tanto amor, ¿no merecería un infierno a propósito para mí? ¡Ah! Padre mío, no me abandonéis. Yo tiemblo al pensar en las traiciones que os he hecho: ¿cuántas veces he prometido amaros, y después os he dado las espaldas? ¡Ah! mi Creador, no permitáis que tenga yo que llorar la desgracia de verme nuevamente privado de vuestra amistad. No permitáis que me separe de Vos, no permitáis que me separe de Vos. Lo repito y quiero repetirlo hasta el último aliento de mi vida; y Vos dadme la gracia para siempre de repetiros esta misma súplica: *Ne me permittas separari*